

De la desigualdad a la sostenibilidad

RICHARD WILKINSON Y KATE PICKETT

Traducción: Marta Cazorla, Guerrilla Media Coop.

Este artículo¹ recoge seis formas en las que la gran brecha de ingresos y riqueza (tanto dentro de los países como entre ellos) impide que nuestras sociedades respondan de manera adecuada a la crisis medioambiental. Alcanzar la sostenibilidad requiere cambios mucho más profundos que una transición de los combustibles fósiles a fuentes de energía renovables. La presión que la humanidad ejerce hoy en día sobre el planeta es unas 1,75 veces mayor de lo que sus sistemas naturales pueden resistir, así que debemos reconocer las muchas repercusiones que tienen nuestros actos. Tras haber abusado tanto de la capacidad de carga de la Tierra nos enfrentamos ahora a una amplia variedad de problemas tales como la degradación de la tierra, la pérdida de especies, los residuos plásticos, la subida del nivel del mar, la escasez de agua, la deforestación, la contaminación, nuevas enfermedades y fluctuaciones drásticas en el precio de las necesidades básicas. Además, debido al cambio climático antropogénico, en nuestras vidas también tenemos que lidiar con emergencias y disrupciones recurrentes causadas por incendios, tormentas, inundaciones, sequías y olas de calor.

El baremo de la desigualdad no solo repercute profundamente en cómo navegamos estas dificultades. También revela las condiciones necesarias para lograr una sociedad sostenible y, sobre todo, para saber si estamos dispuestos a emprender los cambios necesarios para alcanzarla.

¹ Ofrecemos la traducción del artículo *From inequality to sustainability*, realizada con permiso de los autores y que constituye el informe 1 de Earth4All: Deep-Dive, abril de 2022. Más información sobre la iniciativa Earth4All disponible en: www.earth4all.life

Para mayor claridad, con «desigualdad» nos referimos a la brecha material de ingresos y riqueza que divide a personas ricas y pobres, tanto dentro de una misma sociedad como entre ellas. Estas desigualdades son la base de todo.

La huella de los ricos

Hay evidentes diferencias abismales entre los niveles de dióxido de carbono (CO₂) que emiten las personas ricas y las pobres. Un informe realizado por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente en 2020 calculó que el porcentaje de emisiones producidas por el 10% de la población más rica y contaminante suponía el 36-49% del total global, mientras que el 50% emitido por la población más pobre y menos contaminante equivalía a un 7%-15% del total. Es decir, el promedio de las emisiones de alguien que pertenece al 10% más rico de la población mundial es posiblemente 20 veces superior al de alguien que pertenece al 50% más pobre.² Un informe de Oxfam lo expresó con más crudeza si cabe.³ Afirmó que el total de emisiones de CO₂ del 1% más rico de la población equivalía a más del doble de las emisiones producidas por la mitad más pobre del mundo. Esta disparidad se produce incluso dentro de un único país con un alto nivel de rentas. Oxfam, en colaboración con el Stockholm Environment Institute, estimó que cada individuo del 1% de la población más rica en Reino Unido era responsable de producir 11 veces más emisiones de CO₂ que alguien de la mitad más pobre de la población.⁴

Apoyo público para la transición

No es difícil imaginar por qué las políticas de reducción de emisiones que abordan estas enormes desigualdades no reciben apoyo global, topándose a menudo con

² Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, *Informe sobre la brecha de emisiones 2020*, UNEP, Nairobi, 2020, disponible en:

<https://wedocs.unep.org/bitstream/handle/20.500.11822/34438/EGR20ESS.pdf?sequence=35>; Anne Olhoff y John M. Christensen, *Emissions Gap Report 2020*, disponible en: <https://orbit.dtu.dk/en/publications/emissions-gap-report-2020>

³ Oxfam, *Combatir la desigualdad de las emisiones de carbono*, Oxfam, 21 de septiembre de 2020, disponible en: <https://oxfamilibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/621052/mb-confronting-carbon-inequality-210920-es.pdf%3Bjsessionid=DBD5971CC09999AB4BE4F27BA7D2D859?sequence=2>. Véase también Tim Gore, *Confronting Carbon Inequality: Putting climate justice at the heart of the COVID-19 recovery*, Oxfam, 2020, disponible en: <https://policy-practice.oxfam.org/resources/confronting-carboninequality-putting-climate-justice-at-the-heart-of-the-covid-621052/>

⁴ Oxfam, «Wealthiest Brits have a carbon footprint 11 times that of someone in the poorest half of society – Oxfam», 8 de diciembre de 2020, disponible en: <http://oxfamapps.org/media/96h9d>

una fuerte oposición. Poco después del Acuerdo de París de 2015 (el acuerdo histórico para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero), Emmanuel Macron, presidente de Francia, propuso una pequeña subida de impuestos sobre los carburantes para incentivar el ahorro de combustible y el uso de vehículos más económicos. Pero antes incluso de implementar estas medidas se encontró con una enardecida oposición pública. Un movimiento aparentemente acéfalo llamado *Gilets jaunes* (chalecos amarillos) surgió a través de las redes sociales, organizando manifestaciones. Durante muchos meses, cada fin de semana provocaron disturbios y bloquearon carreteras en cientos de lugares a lo largo y ancho de Francia. Hubo cientos de arrestos policiales, coches en llamas y edificios saqueados. Incluso después de las violentas protestas las encuestas de opinión indicaban que más del 70 % de la población francesa apoyaba a los manifestantes.

No debemos subestimar la urgencia y la magnitud del cambio que nuestras sociedades y economías necesitan para frenar la crisis climática y alcanzar la sostenibilidad

No debemos subestimar la urgencia y la magnitud del cambio que nuestras sociedades y economías necesitan para frenar la crisis climática y alcanzar la sostenibilidad. Su magnitud debe alcanzar como mínimo la movilización y la redirección productiva en los inicios de la Segunda Guerra Mundial de los países que estuvieron involucrados. En el Reino Unido, esto implicó políticas radicales orientadas a garantizar que la gente percibiera que el peso de la guerra era repartido de manera justa entre toda la población.

El Gobierno británico encargó a Richard Titmuss escribir el tomo dedicado a política social en *History of the Second World War* (1950). Titmuss fue el iniciador de la política social como disciplina académica, así como el primer profesor de administración y política sociales de la London School of Economics and Political Science. En su ensayo, titulado «Guerra y Política Social», Titmuss cuenta que el Gobierno reconoció que «la cooperación de las masas era ... esencial [para el esfuerzo bélico], [y que por lo tanto] [era necesario] reducir las desigualdades y aplanar la pirámide de la estratificación social».⁵ La guerra estuvo marcada por políticas de amplio alcance cuyo objetivo era conseguir que la gente sintiera que el peso de la guerra era distribuido de manera justa. La desigualdad a nivel de rentas se redujo rápidamente a fuerza de impuestos y se introdujo el racionamiento para la

⁵ Richard M. Titmuss, *War and social policy. Essays on the Welfare State*, Allen and Unwin, Londres, 1958, p. 86.

comida y la ropa. Incluso la realeza (incluyendo a la recientemente fallecida Isabel II en el día de su boda en 1947) vestía ropa “austera”. Así es como el Gobierno consiguió la participación y el apoyo público para los esfuerzos bélicos en tiempos de guerra. No cabe duda de que estas políticas generaban una sensación de unidad, de coordinación de esfuerzos y de apoyo a la guerra. Revelan el enfoque que requiere ahora mismo una respuesta adecuada a la crisis medioambiental.

¿Compartir el pastel o hacer uno más grande?

Otra de las razones para un cambio en nuestra actitud respecto a la desigualdad está relacionado con la manera en que la crisis ha cambiado nuestra comprensión del contexto en el que operan los sistemas económicos. Hasta el siglo XVIII se consideraba que los sistemas económicos funcionaban de acuerdo con un conjunto de restricciones fijas, determinadas en su mayor parte por la cantidad de bocas que una parcela de tierra cultivable podía alimentar. El problema de la distribución se concebía como un problema de reparto de unos recursos relativamente limitados. Y en este contexto, la avaricia era algo perjudicial: cuanto más consumía una persona menos recursos quedaban para el resto. Pero el panorama cambió durante el siglo XVIII debido a la influencia de pensadores como Adam Smith y, en menor medida, su predecesor Bernard Mandeville. La gente empezó a concebir el sistema económico y su capacidad productiva como factores que podían crecer y aumentar. Este nuevo paradigma dio lugar al argumento de que la codicia, el consumo y el amor por el lujo, lejos de ser perjudiciales, beneficiaba a los demás, pues generaban beneficios y estimulaban la producción, resultando en una mejora en la calidad de vida de todo el mundo.

Desviándose de la cuestión del consumo suntuario, en 1789 Thomas Malthus centró en su *Ensayo sobre el principio de la población* el debate en algo que consideraba mucho más peligroso: el crecimiento demográfico. Esta preocupación sobre cómo el crecimiento demográfico podría exceder la capacidad de los recursos derivó en la creación del primer censo de población en Inglaterra y Gales en 1801. Sin embargo, a partir de la puesta en marcha la Revolución Industrial en Gran Bretaña a finales del siglo XVIII, la producción parecía estar cada vez menos restringida por la cantidad limitada de recursos.⁶ Progresivamente, se fueron difuminando los límites en torno a la capacidad de producción de una sociedad. Ya no se con-

⁶ Richard Wilkinson, *Poverty and Progress: An Ecological Model of Economic Development*, Methuen & Co. Ltd., Londres, 1973.

sideraba que los más ricos se llevaran una parte más grande de la que les correspondía, sino que su consumo desmedido beneficiaba a los pobres al proporcionarle trabajos y salarios. Durante décadas se les reiteró a aquellos a los que les preocupaba la desigualdad que el verdadero problema no era cómo repartir el pastel nacional, sino cómo hacerlo más grande. De hecho, Henry Wallich, profesor de economía de la Universidad de Yale y director de la Reserva Federal de los Estados Unidos entre 1974 y 1986 sostenía que el crecimiento económico hacía la gran brecha de ingresos más tolerable, llegando a afirmar que «el crecimiento suple la desigualdad de ingresos».⁷

Sin embargo, hoy en día la crisis medioambiental nos ha hecho volver a entender que el sistema productivo está sujeto a fuertes límites. Estos límites no solo restringen su expansión: también nos instan a reducir de forma significativa el impacto que los sistemas económicos tienen sobre la naturaleza. Así, no podemos ignorar en el gran impacto de la huella medioambiental de las personas ricas, que es mucho mayor que la de las personas pobres.

Reducir la competición por estatus y el consumismo

El gasto excesivo de los estratos más ricos de la sociedad también afecta a la crisis medioambiental por medio de procesos de imitación social. Los estudios muestran que existen importantes «efectos de demostración» relativas al alto consumo en las aspiraciones de la gente en general. A diferencia del ingreso, los deseos sí que se derraman, desde arriba hacia abajo. Muchos estudios han demostrado que la gente que vive en sociedades con una mayor desigualdad de ingresos entre ricos y pobres gasta más dinero en artículos de lujo.⁸ Tienden a comprar más ropa de marca y coches más caros. Cuanto más grandes las desigualdades, más importantes son los conceptos de clase y estatus, ya que estos refuerzan la creencia de que algunas personas valen más que otras. Independientemente del grupo de ingreso, la gente que vive en sociedades con más desigualdades siente más ansiedad hacia su estatus y hacia cómo otros lo juzgan.⁹

⁷ Henry C. Wallich, «Zero growth», *Newsweek*, núm 24, enero de 1972.

⁸ Lukasz Walasek y Gordon D. Brown, «Income Inequality and Status Seeking: Searching for Positional Goods in Unequal US States», *Psychol Sci*, 26(4), 2015a, 0956797614567511; Lukasz Walasek y Gordon D. Brown, «Income Inequality, Income, and Internet Searches for Status Goods: A CrossNational Study of the Association Between Inequality and Wellbeing», *Social Indicators Research*, 129(3), 2015b, 1001–1014. doi: 10.1007/s11205-015-1158-4.

⁹ Richard Layte y Christopher Whelan, «Who Feels Inferior? A Test of the Status Anxiety Hypothesis of Social Inequalities in Health», *European Sociological Review*, 30(4), 2014, pp. 525–535.

En esencia, la desigualdad aumenta lo que podríamos llamar «la presión por consumir». El dinero adquiere más importancia ya que es mediante nuestro consumo, especialmente mediante nuestras compras más vistosas, con lo que intentamos proyectar una imagen positiva de cara a los demás. Ya que la desigualdad aumenta la importancia de la clase y el estatus, la autorrepresentación también se torna más importante, y la gente atraviesa un proceso de “autorrevalorización”: en lugar de mantener la modestia ante sus logros y habilidades, se alardea y exagera acerca de ellos.¹⁰ Como consecuencia de todo esto, las sociedades con mayores desigualdades presentan mayores índices de deuda y bancarrota a medida que la gente se esfuerza por mantener una apariencia de prosperidad y respetabilidad.

Estos efectos no solo son evidentes a nivel individual, sino que también son palpables a nivel social. Por ejemplo, un análisis de los efectos de los ciclos económicos demostró que la deuda agregada de los hogares cambia según la desigualdad a lo largo del tiempo.¹¹

Esta evidencia confirma de manera convincente la teoría de Thorstein Veblen sobre «el consumo ostentoso», descrito en su libro *La teoría de la clase ociosa*, publicado en 1899.¹² Veblen describió cómo la práctica de adquirir productos no sirve a una necesidad pragmática o estética, sino que su fin primario es causar una impresión de estatus y riqueza. Hoy en día parece haber habido un cambio en esta práctica en la medida que no afecta tanto a los superricos, que tienen asegurado su estatus y su patrimonio, sino al resto de la sociedad, que siente una mayor inseguridad hacia su estatus. En realidad, un estudio psicológico concluyó que la gente más adicta a comprar y con valores materialistas más acentuados era la más vulnerable a sentir inseguridad sobre su estatus.¹³ Podemos entender así cómo la desigualdad, al aumentar la competición y la inseguridad relativas al estatus, impulsa el consumismo y se convierte así en un escollo para la consecución de la sostenibilidad.

¹⁰ Steve Loughnan, Peter Kuppens, Jüri Allik et al., «Economic inequality is linked to biased self-perception», *Psychol Sci*, 22(10), 2022, pp. 1254–1258, doi: 10.1177/0956797611417003.

¹¹ Matteo Iacoviello, «Household Debt and Income Inequality, 1963–2003», *Journal of Money, Credit and Banking*, 40(5), 2008, pp. 929–965, doi: 10.1111/j.1538-4616.2008.00142.x

¹² Thorstein Veblen, *La teoría de la clase ociosa*, Alianza Editorial, Madrid, 2014 [1899].

¹³ Helga Dittmar, Rod Bond, Megan Hurst y Tim Kasser, «A meta-analysis of the materialism literature», manuscrito inédito, Universidad de Sussex, Brighton (Reino Unido), 2013; Helga Dittmar, Rod Bond, Megan Hurst y Tim Kasser, «The relationship between materialism and personal wellbeing: A meta-analysis», *Journal of Personality and Social Psychology*, 107(5), 2014, p. 879.

Crecimiento económico y bienestar

A menos que el crecimiento económico se vuelva libre de carbono y deje de rebasar otros límites planetarios será incompatible con la reducción de emisiones y, de hecho, agravará el problema de la sobreexplotación del planeta. Pero no se trata solamente de que el crecimiento económico agrave los problemas medioambientales; es también una cuestión sobre si contribuye al bienestar. No podemos seguir ignorando la ineludible evidencia de que, si bien un crecimiento continuado mejora el bienestar en los países más pobres, ya no lo hace en los países ricos. Entre países de renta elevada, el crecimiento económico ya no supone mejoras en las áreas de la salud, el bienestar, la felicidad o la satisfacción con la vida.¹⁴ Esta noción contrasta con la experiencia de los países de renta baja, donde la esperanza de vida, la felicidad y el bienestar experimentan un rápido crecimiento durante las primeras etapas de desarrollo. Algunos de los países ricos alcanzan hasta casi el doble de riqueza per cápita que otros, sin que parezcan gozar sin embargo de una mejor salud o bienestar.¹⁵ Es más, un análisis sugiere que si analizamos los índices de crecimiento económico per cápita durante periodos de entre 10 y 40 años no encontraremos ninguna correlación en cuanto a salud, tal y como muestran las tasas de mortalidad.¹⁶

No se trata solamente de que el crecimiento económico agrave los problemas medioambientales; es también una cuestión sobre si contribuye al bienestar

Hay muy buenas razones para animar a los gobiernos a abandonar el objetivo de las políticas de crecimiento económico y concentrarse en su lugar en maximizar el bienestar humano.¹⁷ Sin embargo, es extremadamente improbable que consigan interrumpir el crecimiento de un día para otro. El origen del problema va mucho más allá de las políticas gubernamentales. Los historiadores económicos han demostrado que las mayores épocas de crecimiento económico anteceden (quizás dos siglos) a cualquier intervención del gobierno orientada a incrementar paráme-

¹⁴ Richard A. Easterlin, *Happiness and Economic Growth – The Evidence*. Global Handbook of Quality of Life, Springer, 2015, pp. 283–299; Ida Kubiszewski, Robert Costanza, Carol Franco et al., «Beyond GDP: Measuring and achieving global genuine progress», *Ecological Economics*, 93, 2013, pp. 57–68.

¹⁵ Richard Wilkinson y Kate Pickett, *Igualdad: Cómo las sociedades más igualitarias mejoran el bienestar colectivo*, Capitán Swing, 2019.

¹⁶ David Cutler, Angus Deaton y Adriana Lleras-Muney, «The Determinants of Mortality», *Journal of Economic Perspectives*, 20(3), 2006, pp. 97–120, doi: 10.1257/jep.20.3.97.

¹⁷ Robert Costanza, Beth Caniglia, Lorenzo Fioramonti et al., «Towards a Sustainable Wellbeing Economy», *Solut J*, 9, 2018; Lorenzo Fioramonti, Luca Coscieme, Robert Costanza et al., «Wellbeing economy: An effective paradigm to mainstream post-growth policies?», *Ecological Economics*, 192, 2022, 107261.

tros tales como el producto interior bruto.¹⁸ E incluso con la ventaja de la economía moderna, muy pocos gobiernos han conseguido alcanzar los índices de crecimiento a los que aspiraban.

La debilidad de las políticas gubernamentales a la hora de incrementar o reducir el crecimiento se debe a que la mayoría de las fuerzas impulsoras y obstáculos en juego escapan a su control. Los principales impulsores del crecimiento son, por un lado, el deseo cuasi universal de la gente (“la clase consumidora”) de obtener mayores ingresos y, por otro, el deseo de las empresas de incrementar sus ventas y beneficios.

Los obstáculos para el crecimiento son, sin embargo, mucho más diversos e implican un sinfín de dificultades prácticas vinculadas al cambio: todas las dificultades materiales y financieras que supone la innovación, la expansión, la inversión, la obtención de recursos, la reorganización, la falta de conocimiento y habilidades, el marketing y muchas más.

Desigualdad y cohesión social

Esto significa que una oposición eficaz al crecimiento económico seguramente acabaría aplacando el deseo de mayores ingresos. No obstante, ya hemos visto que la desigualdad aumenta el poder de la clase, el estatus y las inseguridades relativas al estatus, y estimula así lo que llamamos “la presión por consumir”. Es decir, el consumo por estatus, el deseo de comprar y tener cosas nuevas, así como la deuda.¹⁹ Para transformar nuestra mentalidad económica necesitamos comprender que la felicidad y el bienestar vienen de la mano de buenas relaciones sociales, y no de un consumo desproporcionado.

Muchos estudios sobre los elementos determinantes de la felicidad indican la importancia de la calidad de las relaciones sociales, del número de amistades y del grado de participación en la vida comunitaria local.²⁰ El área de la salud también

¹⁸ Stephen Broadberry, Bruce Campbell, Alexander Klein et al., *British Economic Growth, 1270–1870*, Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 2015.

¹⁹ Richard Wilkinson y Kate Pickett, 2019, *Op. cit.*

²⁰ Meliksah Demir, Haley Orthel-Clark y A.K. Andelin, *Friendship and happiness. The Oxford Handbook of Happiness*, Springer, 2013, pp. 860–870; Robin I.M. Dunbar, «The Anatomy of Friendship», *Trends in Cognitive Sciences*, 22(1), 2018, pp. 32–51, doi: 10.1016/j.tics.2017.10.004; Hiromi Taniguchi, «Interpersonal mattering in friendship as a predictor of happiness in Japan: The case of Tokyoites», *Journal of Happiness Studies*, 16(6), 2015, pp. 1475–1491.

se ha visto profundamente afectada por las relaciones sociales.²¹ La amistad contribuye tanto a la salud mental como a la física.²² Un metaanálisis de 148 estudios que cubría más de 300.000 casos determinó que tener buenas conexiones sociales y el grado de aislamiento eran factores tan determinantes en la longevidad como el hábito de fumar.²³ La explicación de estos efectos parece residir en el estrés crónico.²⁴ La gente que no se desenvuelve socialmente tan bien, que es más insegura o que se preocupa más por lo que piensan los demás tiende a percibir los encuentros sociales como más estresantes y optan por el aislamiento.

Para transformar nuestra mentalidad económica necesitamos comprender que la felicidad y el bienestar proceden de las buenas relaciones sociales, y no de un consumo desproporcionado

Los efectos perjudiciales que la desigualdad inflige sobre las relaciones sociales son evidentes. Para empezar, las sociedades con una mayor desigualdad suelen tener una vida comunitaria más débil.²⁵ En estas sociedades la gente no forma parte de los diferentes grupos locales; tienen menos interacciones y amistades íntimas. En segundo lugar, otros estudios muestran que la gente que vive en sociedades con mayores grados de desigualdad no suele confiar tanto en los demás. En tercer lugar, también presentan una menor disposición a ayudar a los demás —personas ancianas o con discapacidades, por ejemplo—.²⁶ En cuarto lugar, experimentos a gran escala (en 355 ciudades a lo largo de 40 países) han concluido que allá donde la desigualdad es mayor la gente es más reacia a devolver billeteras extraviadas.²⁷ En quinto lugar, muchos estudios muestran que las sociedades

²¹ Eva Anna Christina Hart, Jeroen Lakerveld, Martin McKee et al., «Contextual correlates of happiness in European adults», *PLoS One*, 13(1), 2018, e0190387; Ambrose Leung, Cheryl Kier, Tak Fung et al., «Searching for happiness: The importance of social capital», *Journal of Happiness Studies*, vol. 12(3), junio de 2013, pp. 247–267.

²² Guillaume Barbalat y Nicolas Franck, «Ecological study of the association between mental illness with human development, income inequalities and unemployment across OECD countries», *BMJ Open*, 10(4), 2020, e035055.

²³ Julianne Holt-Lunstad, Timothy Smith, y J. Bradley Layton, «Social relationships and mortality risk: a meta-analytic review», *PLoS Med*, 7(7), 2010, e1000316, doi: 10.1371/journal.pmed.1000316

²⁴ Richard Wilkinson y Kate Pickett, 2019, *Op. cit.*

²⁵ Charles Collins y Shelby Guidry, «What effect does inequality have on residents' sense of safety? Exploring the mediating processes of social capital and civic engagement», *Journal of Urban Affairs*, 40(7), 2018, pp. 1009–1026; Dietmar Fehr, Hannes Rau, Stephan Trautmann y Yilong Xu, «Inequality, fairness and social capital», *European Economic Review*, 129, 2020, 103566; Richard Layte, «The association between income inequality and mental health: testing status anxiety, social capital, and neo-materialist explanations», *European Sociological Review*, 28(4), 2012, pp. 498–511.

²⁶ Marii Paskov y Caroline Dewilde, «Income inequality and solidarity in Europe», *Research in Social Stratification and Mobility*, 30(4), 2012, pp. 415–432.

²⁷ Hongfei Du, Anli Chen, Peilian Chi y Ronnel King, «Income inequality reduces civic honesty», *Social Psychological and Personality Science*, 12(4), 2021, pp. 537–543.

más desiguales tienen índices de violencia más altos (tal y como indican las tasas de homicidio).²⁸

En resumen, la desigualdad erosiona progresivamente las relaciones entre las personas. La gente se va volviendo menos solidaria y las concesiones y el apoyo mutuos dejan paso a la aprensión y a la desconfianza. En las sociedades con mayores desigualdades, como Sudáfrica y algunas partes de México, estas consecuencias han ido aún más lejos: allí las personas tienen miedo las unas de las otras. No se sienten seguras en las calles y no salen por las noches. Sienten que es necesario proteger sus casas con barrotes en las ventanas y las puertas, cámaras de seguridad en el exterior y concertinas y alambradas eléctricas alrededor de sus patios.

El hecho de que una gran proporción de las personas trabajadoras de una sociedad se dedique a las “labores de protección” (ocupaciones tales como personal

La desigualdad destruye el tejido de las relaciones sociales, que a su vez son esenciales para el bienestar humano

de seguridad, policía u oficiales de prisión) refuerza la noción de que la desigualdad provoca el deterioro gradual de las relaciones sociales. Cuanto mayor es la desigualdad de ingresos, mayor es la proporción de la población dedicada a ocupaciones que implican proteger a unas personas de otras.²⁹

Por lo tanto, la desigualdad destruye el tejido de las relaciones sociales, que a su vez son esenciales para el bienestar humano.

¿Aunar esfuerzos... o dividirlos?

Por último, debemos recordar que el aumento previsto de la temperatura media global en más de 1,5 °C (quizás incluso el doble) va a afectarnos de muchas maneras. No vamos a enfrentarnos solamente a más incendios, tormentas, inundaciones, sequías y olas de calor letales, sino también a más conflictos

²⁸ Dante Contreras, Gregory Elacqua, Matias Martinez y Álvaro Miranda, «Income Inequality or Performance Gap? A Multilevel Study of School Violence in 52 Countries», *Journal of Adolescent Health*, 57(5), 2015, pp. 545–552, doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.jadohealth.2015.08.002>; Frank Elgar y Nicole Aitken, «Income inequality, trust and homicide in 33 countries», *Eur J Public Health*, 21(2), 2011, pp. 241–246, doi: 10.1093/eurpub/ckq068; Emma Yapp y Kate Pickett, «Greater income inequality is associated with higher rates of intimate partner violence in Latin America», *Public Health*, 175, 2019, pp. 87–89.

²⁹ Arjun Jayadev y Samuel Bowles, «Guard labor», *Journal of Development Economics*, 79(2), 2006, 328–348, doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.jdeveco.2006.01.009>.

internacionales por el acceso al agua, hambrunas, enormes flujos de refugiados, precios cada vez más volátiles de los alimentos y otros bienes de consumo básicos y, probablemente, pandemias más frecuentes. Gran parte de nuestro futuro dependerá de cómo respondamos a estos problemas, así como a los de nuestros vecinos. La gran pregunta es si vamos a aunar esfuerzos y ayudarnos los unos a los otros de manera cooperativa o si, por lo contrario, nos abandonamos a un sálvese quien pueda planetario. ¿Ayudaremos a las personas que lo necesitan, sabiendo que ellas lo harían por nosotras, o luchamos para obtener todo lo que podamos mientras tratamos a los demás como rivales en la lucha por recursos básicos? Ya no se trata simplemente de la naturaleza de las relaciones interpersonales, sino también de la capacidad ética de una sociedad para ser capaz de votar por regímenes públicos de seguro y servicios de emergencia de calidad. De cualquier forma, ya sea a nivel individual o de provisión pública, la desigualdad deteriora gravemente la solidaridad y la ética del apoyo mutuo.

Un resumen de los efectos de la desigualdad

En síntesis, una mayor igualdad es esencial en un mundo al borde del colapso y la crisis climática por las siguientes razones:

1. Porque es evidente que el crecimiento económico rebasa los límites del planeta; no podemos seguir fingiendo que el crecimiento económico puede reemplazar a una distribución más equitativa de los recursos en una población global de casi ocho mil millones de personas.
2. La transición hacia la sostenibilidad encontrará una oposición generalizada a menos que la gente tome conciencia de que las inevitables consecuencias del cambio y de las políticas necesarias para llevarlo a cabo son soportadas de manera equitativa entre todos.
3. La huella medioambiental de los ricos es tan grande que debe ser reducida, no solo por una cuestión de justicia, sino como parte esencial de la gestión de la crisis medioambiental.
4. El consumismo es una gran amenaza para la sostenibilidad, pero puede reducirse si la desigualdad, que estimula la competición por estatus y el deseo de riqueza personal, disminuye.
5. La igualdad es crucial para la salud y el bienestar social. Es fundamental que las políticas gubernamentales prioricen el bienestar por encima del crecimiento económico.
6. La igualdad hace que la gente esté más dispuesta a la cooperación y al apoyo mutuo. Nos dotará de más voluntad para aunar esfuerzos y proporcionar apoyo mutuo frente a las emergencias medioambientales y los desastres naturales.

Si queremos construir una sociedad sostenible y capaz de impedir que las crisis medioambientales se descontrolen y acaben destruyendo la civilización, es apremiante que la justicia económica ocupe un lugar clave en dicha sociedad. De lo contrario, la probabilidad de alcanzar nuestro objetivo es muy remota. Una mayor igualdad es la fórmula necesaria para establecer las condiciones políticas, sociales y ecológicas necesarias que nos permitan progresar. Pero, ¿de qué magnitudes estamos hablando? En algunas sociedades la brecha entre la población más rica y el 20% más pobre es el doble de grande que en otras, y los datos sugieren que el impacto positivo a nivel social y de salud de mayores índices de igualdad se siguen produciendo incluso en las sociedades más igualitarias, como en los países escandinavos.³⁰ En estas sociedades todavía existen desigualdades significativas, con unos marcados sistemas de clase, pero no hay datos recientes que nos indiquen cuáles serían los resultados de una mayor igualdad. No obstante, quizás sea importante señalar que las sociedades de cazadores y recolectores de nuestra prehistoria, predominantemente igualitarias, tenían al parecer una actitud muy distinta en cuanto a la acumulación de bienes: evitaron la sobreexplotación de recursos mediante la caza y recolección abusivas durante al menos 100.000 años. Las investigaciones de antropólogos sociales sugieren que estas sociedades supieron mantener a raya las ansias de engrandecimiento propio y acumulación, sin duda porque, entre otras cosas, la igualdad elimina en gran medida el deseo de imitar a las personas de un estatus más elevado.³¹

Reducir la desigualdad

¿Cómo podemos reducir la desigualdad, entonces? Hemos constatado en investigaciones previas que una mejora en los índices de igualdad conlleva mejoras sanitarias y sociales similares, independientemente de si los países la lograban gracias a sus “ingresos comerciales” o si, por el contrario, mediante sistemas distributivos de impuestos y prestaciones.³² Sin embargo, habida cuenta de que ahora es necesario reducir la desigualdad de manera drástica, sería un error no utilizar ambos métodos. Hay que poner fin a la evasión de impuestos y acabar con los paraísos fiscales a los que las corporaciones multinacionales y los superricos acuden para esconder su dinero fuera del alcance de las autoridades fiscales. Solo

³⁰ Richard Wilkinson y Kate Pickett, *The Spirit Level: Why Equality is Better for Everyone*, Penguin, Londres, 2010.

³¹ Marshall Sahlins, *La economía de la Edad de Piedra*, Akal, Madrid, 2ª ed., 1983 [1974].

³² Richard Wilkinson y Kate Pickett, 2010, *Op.cit.*

entonces podrá haber un sistema tributario tan progresivo como en el pasado que impida que los ricos paguen un tipo impositivo más bajo que el de los pobres.

Los sindicatos, con el movimiento obrero y su representación política en un sentido más amplio,³³ tuvieron una enorme influencia a la hora de modificar la desigualdad a lo largo del siglo XX.³⁴ Prueba de ello son los estrechos vínculos transversales y longitudinales entre la fuerza sindical (medida como la proporción de población activa sindicada) y los niveles de desigualdad salarial. La desigualdad en muchos países disminuyó desde la década de 1930 hasta finales de la década de 1970, a medida que estas fuerzas se consolidaron, pero a partir de 1980, aproximadamente, los sindicatos y el movimiento obrero se debilitaron y la desigualdad aumentó de nuevo, llegando a alcanzar niveles registrados por última vez en la década de 1920.

La pérdida continua de industrias pesadas y el crecimiento del sector servicios desde el cambio de siglo –al menos, en los países de ingresos altos– hacen poco probable que los sindicatos recuperen su anterior pujanza. Así pues, necesitamos fuentes adicionales de presión democrática que sean capaces de contener con determinación la desigualdad. Las modalidades de democracia económica son una solución obvia. Es fundamental que se fomente la representación de personas trabajadoras en las juntas directivas de las empresas, así como que se incentive la creación de cooperativas y empresas en régimen de propiedad de las personas que trabajan en ellas. Muchos países de rentas altas ya cuentan con leyes que regulan la representación de los empleados en las juntas directivas y los comités salariales de las empresas. Demasiado a menudo esto se limita a una representación simbólica. Lo ideal sería que la legislación facilitase un aumento progresivo de la proporción de representantes de los trabajadores en las juntas directivas. Las evaluaciones de los sistemas más democráticos de gobernanza empresarial sugieren que estas medidas reducen las diferencias salariales y aumentan la productividad, entre muchos otros beneficios.

Es común encontrarse con que las remuneraciones millonarias del sector financiero y de los directores ejecutivos de grandes corporaciones se justifiquen alegando que dichos salarios reflejan la productividad de quienes los perciben, así como la excepcionalidad de sus talentos. Sin embargo, un importante estudio de

³³ Colin Gordon y Ross Eisenbrey, «As unions decline, inequality rises», Economic Policy Institute, blog, 6 de junio de 2012, disponible en: <https://www.epi.org/publication/unions-decline-inequality-rises/>

³⁴ Björn Gustafsson y Mats Johansson, «In search of smoking guns: What makes income inequality vary over time in different countries?», *American Sociological Review*, 64(4), 1999, pp. 585–605.

más de 400 de las mayores empresas que cotizan en bolsa en los Estados Unidos reveló que durante la rentabilidad para los accionistas en un período de 10 años fue notablemente menor entre las empresas cuyos directores ejecutivos cobraban más que la mediana en comparación con aquellas cuyos directores ejecutivos cobraban por debajo de la mediana.³⁵

Obstáculos a una mayor igualdad

Hasta la fecha, los gobiernos de los países de rentas altas no han conseguido reducir de manera significativa las diferencias salariales. Hay tres posibles explicaciones al respecto. La primera es que los ricos han consolidado su injerencia en los gobiernos y han empleado esa influencia para proteger sus intereses con gran eficacia. Esto seguirá suponiendo una amenaza para la democracia mientras no se implementen políticas eficaces que impidan que las grandes corporaciones y los llamados «particulares con un elevado patrimonio» puedan contribuir con grandes donaciones y pagos a partidos y personalidades políticas. También es necesario imponer restricciones a la actividad de los grupos de cabildeo y de presión.

El segundo escollo importante al que se enfrentan las políticas efectivas para reducir las diferencias de rentas es la creencia de que la jerarquía social es una ma-

La historia se encuentra repleta de intentos de justificar la desigualdad y las diferencias de clase y casta

nifestación de las diferencias naturales e innatas que existen en materia de competencias. A lo largo de la historia las sociedades siempre han alimentado mitos para legitimar esta creencia. La historia se encuentra repleta de intentos de justificar la desigualdad y las diferencias de clase y casta. Platón

sostenía que el estatus de las personas en la jerarquía social, desde los esclavos hacia arriba, dependía del material del que se conformaban sus almas —cobre, plata u oro—. De forma similar, el rango de una persona en un sistema de castas se suele considerar como un reflejo de su comportamiento en vidas pasadas. Y, como no podía ser de otra manera, los monarcas creían (e insistían en que sus súbditos creyeran) que poseían un derecho divino a gobernar.

A raíz de la teoría de la evolución surgieron ideologías basadas en la creencia de la superioridad genética de las clases sociales más altas, lo que derivó en teorías

³⁵ Ric Marshall y Linda-Eling Lee, *Are CEOs paid for performance? Evaluating the Effectiveness of Equity Incentives*, MSCI ESG Research, 2016.

eugenésicas según las cuales era más importante reproducirse a partir de lo “superior” antes que de lo “inferior”. La visión actual y generalizada de que la jerarquía de las clases sociales es una meritocracia, el resultado de diferencias genéticas relacionadas con el nivel de cociente intelectual, resulta desagradablemente similar.

Estas no son nada más que la versión moderna de los viejos viles intentos de justificar sistemas de privilegio, dominación, subordinación y desigualdad. Eso no significa que no haya diferencias en cuanto a las capacidades de las personas, pero, en vez de que las diferencias innatas de capacidad determinen el estatus social, la relación más importante de la causalidad apunta hacia la dirección contraria: del estatus social a la diferencia en cuanto a capacidad. La idea de que existe un único gen de la inteligencia —que algunas personas tienen y otras no— es una línea de investigación fallida.³⁶ Hay cientos y quizás incluso miles de genes que inciden en distintos aspectos de nuestras habilidades: tus capacidades musicales, la facilidad con la que aprendes idiomas, tu comprensión de las matemáticas, tus aptitudes literarias, tu conciencia social, tus talentos artísticos, tu percepción espacial, tus dotes para la gimnasia o el fútbol, y tantas, tantas otras. Pero el impacto de cada uno de ellos es muy pequeño. Tu educación y formación son mucho más importantes. Quizás tengas todos los genes del mundo para las matemáticas, pero lo que realmente determina si serás un experto matemático (o tan inexperto como la población de las sociedades prealfabetizadas) es si te han enseñado matemáticas avanzadas.³⁷

El tercer gran obstáculo para las políticas de reducción de la desigualdad es la idea que hemos mencionado anteriormente, el prejuicio económico de que es necesario que los ricos provean de puestos de trabajo e ingresos al resto de la población. Esta es la razón por la cual hay países que siguen intentando atraer a personas ricas. Ejemplo de ello es la oleada de personas ultrarricas que durante los últimos diez o veinte años han llegado a Londres de todas partes del mundo, muchas de ellas preocupadas por la seguridad y buscando mantener su dinero a salvo (un dinero que a menudo tiene origen en la corrupción). Sin embargo, la presencia de esta riqueza ha llevado a varios analistas a sostener que saldría muy

³⁶ Mae-Wan Ho, «No genes for intelligence in the fluid genome», *Advances in child development and behavior*, 45, 2013, pp. 67–92; Richard Nisbett, Joshua Aronson y Clancy Blair et al., «Intelligence: new findings and theoretical developments», *American Psychologist*, 67(2), 2012, p. 130; Ken Richardson, *Genes, Brains, and Human Potential: the science and ideology of intelligence*, Columbia University Press, Nueva York, 2017.

³⁷ Richard Wilkinson y Kate Pickett, 2019, *Op. cit.*

caro aprobar medidas fiscales que pudieran provocar la salida de estas personas del país. En lugar de entender los daños que estas superfortunas infligen a la sociedad y al planeta –desde el impacto de la desigualdad hasta la distorsión del mercado inmobiliario, entre otros–, se nos ha hecho creer que la riqueza nos

Nos han hecho creer que la riqueza aporta beneficios muy valiosos a nuestra sociedad y que la avaricia de unos pocos es buena para todos

aporta unos beneficios muy valiosos para nuestra sociedad y que, de hecho, la avaricia de unos pocos es buena para todos. Incluso algunos países que a duras penas autorizan la inmigración han adoptado unas condiciones especiales para conceder la ciudadanía a personas con grandes patrimonios. A pesar de todo esto, los costes sociales

generalizados de la desigualdad son evidentes. Esto incluye su impacto corruptivo: un declive en los niveles de confianza, el deterioro de la vida comunitaria, unos índices mayores de violencia y la influencia política desmesurada y antidemocrática de los superricos.³⁸ Cabe esperar que las sanciones a muchos oligarcas rusos por la invasión de Ucrania provoquen que los gobiernos se muestren más dispuestos a considerar la aplicación de unos tipos impositivos más elevados a los más ricos a un nivel más general.

Será necesario dedicar un periodo considerable al activismo ideológico a través de redes sociales y medios de comunicación masivos para derribar estos obstáculos. Nuestra esperanza es que los estrechos vínculos entre la igualdad y la sostenibilidad medioambiental que hemos perfilado lleven a las fuerzas progresistas a trabajar juntas, como nunca antes, por una sociedad nueva y mejor. Sería un grave error interpretar esto como una mera campaña política promovida por intereses partidistas. Se trata de la supervivencia de las generaciones futuras y del bienestar de la sociedad en general. Los medios de comunicación tienen una responsabilidad apremiante de informar a la opinión pública sobre la ciencia de la crisis climática y también de los efectos de la desigualdad. En el año 2018 la revista *Scientific American* publicó un número especial con el título «La ciencia de la desigualdad». Su prólogo empezaba con estas palabras: «La desigualdad económica repercute de forma negativa en casi todos los aspectos del bienestar humano, así como en la salud de la biosfera. Al contrario de lo que se cree, afecta a los ricos y a las clases medias, no solamente a los pobres». A menos que los medios de comunicación asuman este liderazgo educativo de forma generalizada,

³⁸ Richard Wilkinson y Kate Pickett, 2010, *Op.cit.*

seguirá siendo casi imposible plantear los debates públicos necesarios para determinar cómo sería un futuro deseable y cómo podemos avanzar hacia él. Se suele creer que, dado que la desigualdad es un tema de gran calado político, no puede tratarse también de un asunto científico. Sin embargo, en realidad, su magnitud política y el peso de los prejuicios que la rodean hacen que la evidencia científica en torno a su impacto cobre una especial relevancia.

Para superar los principales obstáculos políticos a los que nos enfrentamos también son imprescindibles las manifestaciones masivas a pie de calle y los movimientos políticos de base, sostenibles a lo largo del tiempo. Movimientos como Black Lives Matter, Occupy y Extinction Rebellion demuestran que las manifestaciones son importantes tanto para llamar la atención del público como para provocar un cambio en la opinión pública. Como resultado de estos movimientos, las encuestas reflejaron un cambio considerable favorable a sus causas en la opinión pública, y existe un conjunto de investigaciones empíricas que revelan que las manifestaciones pacíficas son una forma efectiva de conseguir un cambio en la opinión pública.³⁹

Conclusión

La transición a la sostenibilidad necesita de enormes reducciones en la huella medioambiental media de la población. Esto debe conllevar una reducción mayor y más temprana entre las personas con huellas mayores, tanto para que la población sienta que las medidas políticas necesarias no son simplemente imposiciones injustas a las que oponerse, como porque la huella de los más pudientes supone una parte muy importante del problema en general. La transición también precisará que el crecimiento económico como objetivo político sea reemplazado por un mayor énfasis en un aumento de bienestar. El crecimiento actual también se ve estimulado por lo que ahora parece ser un deseo humano casi insaciable de ingresos y un consumo cada vez mayor; para cambiar esta trayectoria debemos re-

³⁹ Bouke Klein Teeselink y Georgios Melios, 2022. «Weather to Protest: The Effect of Black Lives Matter Protests on the 2020 Presidential Election», Working Papers CEB 22-007, ULB, Université Libre de Bruxelles, disponible en: <https://ideas.repec.org/p/sol/wpaper/2013-343818.html>; Soumyajit Mazumder, «The persistent effect of US civil rights protests on political attitudes», *American Journal of Political Science*, 62(4), 2018, pp. 922–935; Jonathan Pinckney, «Did the Women's March Work? Re-Evaluating the Political Efficacy of Protest», presentación en la Mobilization Conference 2019, disponible en: https://www.researchgate.net/publication/344389689_Did_the_Women%27s_March_Work_Re-Evaluating_the_Political_Efficacy_of_Protest

ducir la desigualdad de manera drástica. Una sociedad más igualitaria tiene más posibilidades de propiciar un entorno social convivencial compatible con unos niveles más altos de bienestar, donde sea a la vez posible reducir la lucha por estatus que intensifica la presión por consumir. Por último, si queremos sobrevivir los embates que el cambio climático va a traer inevitablemente consigo y prevenir un colapso social catastrófico, necesitamos la ética del apoyo mutuo y la cooperación que florece solo cuando existe una mayor igualdad.

Richard Wilkinson es profesor emérito de epidemiología social en la Universidad de Nottingham.

Kate Pickett es profesora de epidemiología en la Universidad de York, miembro del Club de Roma y de la Comisión de Economías Transformadoras.

